

WAGNER: UN NO DE LA INTELIGENCIA

Rodolfo Alonso

Mi infancia concluye, de algún modo, cuando en el cine *Novedades*, de la calle Florida, donde intercalaban noticieros con dibujos animados, mis ojos de niño reciben las primeras imágenes, literalmente apocalípticas, de los campos de concentración recién liberados por los aliados. Y mi juventud se abre cuando, con mis compañeros del Departamento de Actividades Culturales de la Universidad de Buenos Aires, y en medio del éxito de su *Hiroshima mon amour*, conseguimos exhibir los documentales previos del cineasta francés Alain Resnais, entre los cuales destaca el medio metraje *Noche y niebla*, cuyas imágenes de pesadilla se agudizan con el austero texto del escritor católico Jean Cayrol, y cuyo título alude al rótulo de innegable raigambre romántica, *Nacht und Nebel*, que los propios nazis otorgaron a su siniestra operación de exterminio del pueblo judío.

Quizá resulte un signo de los tiempos. Pero es seguro que no iba a serlo tan sólo para mi generación o la anterior. La desmedida dimensión de lo ocurrido implica sin duda precisiones muy concretas, pero afecta también, qué duda cabe, a toda, a la misma condición humana. A algo así aludía Theodor W. Adorno cuando afirmó que “La crítica cultural se encuentra frente al último escalón de la dialéctica de cultura y barbarie: luego de lo que pasó en el campo de Auschwitz es cosa bárbara escribir un poema, y este hecho corroe incluso el conocimiento que dice por qué se ha hecho hoy imposible escribir poesía.” (Una metáfora que el sobreviviente Paul Celan cuestionó escribiendo por ejemplo *Fuga en muerte*, para quizá ratificarla después con su propio suicidio.)

Y sin embargo volvemos y volveremos sobre el asunto, no sólo porque una herida así no se cierra nunca, sino también porque implica un abismo que nos constituye, que nos aterra y que nos atrae. Con el comprensible apasionamiento de un fiscal, pero también con la severa lucidez de un jurista, ese humanista de fondo que es Arnoldo Siperman ha sido capaz de desarrollar, en *El drama & la nostalgia: racismo político, Wagner y la memoria reaccionaria* (Leviatán, Buenos Aires, 2005), una de las más cabales requisitorias contra “la totalidad de la obra wagneriana”, no sólo porque “rebose antisemitismo, al punto que la agresión racial constituye uno de los objetivos principales de esa obra considerada en su conjunto”, sino porque para el autor es precisamente “en el marco del imaginario wagneriano” que el nazismo “encuentra su lugar de expresión plena en la obra de arte total dedicada al culto de la raza.”

La tesis central de este grave y concienzudo alegato no es que Wagner fuera pionero del antisemitismo (cosa probada) o que su obra llegara a ser utilizada por el nazismo sino, mucho más allá, que resulta precisamente Richard Wagner el profeta

del genocidio y que Hitler no es sino su entusiasta, dilecto discípulo. Es en Auschwitz, y en “los campos industriales de muerte en gran escala”, dice Siperman, “donde se ponen en acto las palabras con las que Wagner cierra su panfleto sobre los judíos y la música y donde culmina en horror la gesta de Sigfrido”. Y los testimonios aportados no son sólo de la fantasía, como las palabras que el cineasta Hans Syberberg pone en boca del dictador nazi: “Mientras se escuche la música de Wagner no se me olvidará”, sino que el mismo Hitler declaró literalmente a un periodista norteamericano: “Para mí Wagner es un dios y su música mi religión.” Y, por si fuera poco, el sinuoso doctor Josef Goebbels confesó en un artículo periodístico: “Esta obra epítome del ser alemán nos enseña lo que realmente es un judío. Gracias a ella las palabras y los hechos de Adolf Hitler nos han liberado de la esclavitud que padecíamos en manos de esa raza subhumana...” Y enfatiza: “Wagner nos dice todo lo que tenemos que saber a través de sus escritos y de su música de la cual cada nota respira el más puro espíritu germano.”

Si bien el libro se centra en los antecedentes y en la realidad perversa del nazismo, no deja de aludir a otros genocidios y de advertir con claridad cómo los miasmas de ese “racismo elitista”, de esa “memoria reaccionaria”, resultan algo “que hoy no solamente está presente sino que renueva su vigor”, y siguen siendo para nosotros “algo hoy muy nítido; la imposibilidad de aceptar la diferencia (y, más que ello, la igualdad en la diferencia) y la restallante recurrencia de fantasías de superioridad.” Algo que había sido advertido en La Sorbona, en julio de 2000, por el filósofo Jacques Derrida: “Es a favor de esa memoria que ya en el siglo XXI las más primarias vocaciones de muerte y destrucción parecen reciclarse en los más modernos formatos de la tecnología y en los ideales de un mundo globalizado.” En resumen, que el telón no ha caído y el drama continúa.

Para quien conozca la trayectoria de Arnoldo Siperman, entre cuyos títulos destacan desde *Una apuesta por la libertad: Isaiah Berlin y el pensamiento trágico* (2000) hasta *El imperio de la ley. Política y legalidad en la crisis contemporánea* (2002), pero muy especialmente *Pensamiento trágico y democracia* (2003), no resultará sorprendente descubrir en este nuevo libro suyo un apasionado alegato en defensa de la dignidad humana. Un no de la inteligencia. ▣

Rodolfo Alonso. Poeta, traductor y ensayista argentino. Fue el primer traductor de Fernando Pessoa en América Latina. Más de 25 libros publicados. Premio Nacional de Poesía. Orden “Alejo Zuloaga” de la Universidad de Carabobo (Venezuela). Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras. Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires. Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia). Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.